




May Bonner

EL VERANO que cambió MI VIDA



LIBANO
BEIRUT



El verano que cambió mi vida

May Bonner



«¿Quieres saber lo que ocurre con Milly, Tom y Daniel? Averígualo en esta novela y descubre como un verano puede cambiar tu vida.»

ACERCA DE LA OBRA

Agobiada por su trabajo y por las circunstancias de su vida, Milly decide dar un giro a su existencia y pasar el verano ayudando como cooperante en una ONG en la que trabaja su mejor amiga. Eso le sirve para madurar, pero también la lleva a conocer a dos hombres muy distintos que van a cambiar su vida. De esa forma tendrá que enfrentarse al amor y el desengaño, aunque las cosas no son siempre lo que parecen.

Acerca De La Autora

May Bonner nació en Melilla y vive en Barcelona. Estudió historia y periodismo. Detrás de este pseudónimo de escritora de novela romántica se esconde una enamorada de las letras, y con ese nombre ha publicado la comedia romántica. *Y que le gusten los perros, ¿no era una película?*

Índice

Portadilla
Acerca de la autora
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Créditos

Capítulo I

Si alguien te dice que tu vida no puede cambiar completamente en muy poco tiempo, te engaña. Puede cambiar en un instante. O en un verano. Eso es lo que me pasó a mí, y en eso iba pensando aquella tarde a la salida del trabajo.

Bajé lentamente hasta el portal y, cuando salí a la calle, respiré hondo. Siempre me gustó ese aroma que anuncia la primavera. Me ajusté el abrigo porque aún hacía frío. Sonreí, pronto podría librarme de él. La calle estaba desierta a esa hora, pero cuando miré hacia el edificio de enfrente, me pareció verle con su chaqueta abierta como siempre; apoyado en la pared, mirando alrededor con aire distraído. Como solía hacer cuando esperaba a alguien. No era posible. Nunca más volvería a verle.

No era la primera vez que creía descubrirle en el gesto de un desconocido. Parecía todo tan lejano y a la vez lo sentía tan cerca. En apenas un año todo en mi vida era distinto. Un año... Entonces ni soñaba lo que iba a ocurrir.

Un año antes, mi vida era una pura y aburrida rutina. Cada día me levantaba para ir a trabajar y hacer siempre lo mismo. Al menos esa era la sensación que tenía. El trabajo había dejado de interesarme hacía mucho tiempo, pero no había encontrado nada mejor y tenía que pagar las facturas... Eso pensaba yo, aunque mi prima decía que era porque no tenía coraje para intentar algo nuevo.

En esa época compartía piso con mi prima Nora. Era un apartamento que mi tía nos había dejado porque estaba mucho más cerca de nuestros trabajos que nuestras respectivas casas. Además, estaba junto a una parada de metro, que siempre es una ventaja. La verdad era que me gustaba. Mi tía siempre había tenido buena mano con la decoración

y, aunque el apartamento no era muy grande, estaba muy bien aprovechado. Me encantaba el salón, con su sofá de color claro lleno de cojines y la mesa baja con la encimera de madera que siempre teníamos llena de libros y revistas... Y de chocolate.

Detrás del sofá había un gran ventanal que llenaba el salón de luz y donde yo había colocado mi mesa para cuando quería trabajar en casa. En cambio, Nora se había apoderado de la pequeña estantería que teníamos a un lado del sofá y allí dejaba sus revistas de economía y sus paquetes de galletas

Si hubiéramos sido hermanas, no habríamos estado más unidas. Éramos extremos opuestos, quizás por eso nos habíamos llevado tan bien desde pequeñas. Ella siempre había sido la lanzada y yo siempre había sido la prudente, por eso nunca tuvo que consolarme cuando metía la pata. Nos pasábamos el día aconsejándonos la una a la otra. Yo le decía:

—Tienes que calmarte, que cambiando de chico cada mes no se va a ninguna parte.

Ella contratataba con un:

—No puedes controlarlo todo. Es imposible, la vida no es así y tú no parece que estés viviendo...

Debo reconocer que a veces me paso de rígida, pero es que me gusta saber lo que hago y que todo esté controlado. No me gustan según qué sorpresas. Cuantas veces Nora lloraba sobre la almohada porque, después de lanzarse a unos días de pasión, el chico en cuestión no volvía a aparecer. Pues a mí nunca me pasó.

—Les pides demasiado cuando apenas os acabáis de conocer. Los asustas. Relájate y disfruta del momento —le decía yo.

—Ya, Milly, pero yo vivo —me respondía ella.

Todos me llamaban Milly desde pequeña. Al parecer, me había costado mucho pronunciar la palabra «millón», pero yo me empeñé en conseguirlo y no hacía más que repetir:

—Mili..., mili... —Y así me quedó el nombre. A veces ya ni yo misma recuerdo como me llamo.

No obstante, y volviendo a mi prima, yo tenía muy claro no quería vivir como ella. Aunque tenía que reconocer que si su vida amorosa estaba tan llena que se podía comparar con la selva amazónica, la mía comenzaba a parecerse peligrosamente al desierto de Gobi.

Un día cualquiera de mi vida era levantarme sin muchas ganas, vestirme, desayunar algo a toda prisa y salir corriendo para ir al trabajo. Mi oficina estaba en el centro y, al menos, eso sí me gustaba. Me encantaba el bullicio que había en la zona desde primera hora de la mañana. Gente que iba y venía en todas direcciones. Si te parabas a escuchar, podías oír conversaciones casi en cualquier idioma. Es lo que tiene la gran ciudad. A mí me encantaba observar a esas personas que tan de mañana salían a «mover el mundo», como me gustaba pensar. Solía hacer una parada en la cafetería que había junto a las oficinas para conseguir un café que completara el desayuno. Allí compraba un *capuccino* para llevar. Después me sentaba en un banco a tomármelo y poder mirar a la gente con tranquilidad. Había quién vestía con muchísimo estilo y siempre se podían sacar buenas ideas. Ese rato de tranquilidad me compensaba y por eso no me importaba el madrugón y salir corriendo de casa. Era mi pequeña pausa antes de lanzarme al «foso de los leones». Sí, ya sé que exagero.

El edificio de las oficinas era muy elegante, como correspondía a una de las firmas de moda más importantes en todo el mundo, pero las oficinas propiamente dichas eran como todas: aburridas. O quizás era mi falta de interés en el trabajo lo que me hacía verlo así. Me sentía estancada y no parecía que eso fuera a cambiar en un futuro muy próximo.

Compartía despacho con varios compañeros. Al menos era un espacio diáfano y las mesas no estaban juntas, ni había un panel entre ellas que impidiera ver al compañero de enfrente o del lado, porque yo que no soy muy alta, solo vería, con suerte, un poco de pelo asomando por encima. No, al menos eso estaba bien, aunque las mesas estaban tan separadas unas de otras que era imposible mantener una conversación con nadie. Otra cosa buena que tenía era

que una de las paredes era de cristal y daba a un pequeño jardín y, aunque no tuviéramos salida por allí, al menos te podías relajar mirando las plantas.

—No lo entiendo ¿Cómo puede no gustarte trabajar ahí...? Con las telas, con la ropa... —solían decirme algunas amigas.

A lo que siempre les respondía:

—Pero es que yo no veo nada de eso... Yo solo veo papeles.

Y así era, nada de poder escabullirse al atelier y fiscoñar un poco. Mi jefe parecía un halcón y aún no habíamos podido averiguar cómo era capaz de controlar que permaneciéramos en nuestro sitio aunque él no estuviera en su despacho.

Recuerdo bien cuando me llamaron para el departamento de compras de una gran multinacional de la moda. ¡Me puse tan contenta porque pensé que sería realmente interesante! Pero, después de tres años, lo único cierto era que cada día me costaba más levantarme para ir al trabajo.

Me sentía como el relleno del sándwich: por una parte, me presionaban los departamentos que esperaban el material (que te hacían sentir como si te pasaras el día mirando al techo sin hacer nada) y, por otra, los proveedores que te daban largas o directamente no enviaban lo que habías pedido (después de que tú te hubieras pasado una tarde entera detallándolo todo). Era muy estresante, y yo cada vez lo llevaba peor. Nada creativo, nada de lo que yo había esperado. Cada vez tenía que mirar más a menudo la postal de cachorritos tumbados al sol que me había regalado una amiga.

—Te relajaré en el trabajo —me dijo—. Al menos a mí me funciona.

Pues no sé como era posible que a ella le funcionara, porque a mí lo que me daban ganas era de salir corriendo y unirme a ellos. Tumbarme sobre la hierba al sol y olvidarme de todo. No podía hacerlo y me sentía más frustrada. Al menos procuraba disfrutar de las pequeñas cosas, como el café de media mañana con los compañeros. ¡Qué remedio!

Así que, como cada día, en la oficina solo me esperaba una larga jornada de papeleo y pelea para todos tuvieran lo que necesitaban en el momento en que lo necesitaban.

En esos días teníamos un encargo importante en el departamento. Se iba a presentar la nueva colección en la pasarela de París por primera vez en varios años. Iba a ser el gran regreso de la firma a la alta costura después de esa crisis económica que tanto habíamos sufrido. Teníamos que tener todo a punto para el desfile, por lo que nos tocaba asegurarnos de que las telas y los complementos llegaban a tiempo. Puede sonar muy interesante, pero el trabajo divertido lo hacía mi jefe. Él era quién acompañaba a los diseñadores a buscar telas por el mundo y a elegir los zapatos, los bolsos, el decorado para las sesiones de fotos. A mí solo me quedaba el papeleo y pelearme con proveedores y transportistas. Que no, que no era lo que yo había soñado ni lo que esperaba cuando me contrataron. Es más, cuando me llamaron para la entrevista pensé: «Ya que no me atrevo a mostrar mis diseños, podré estar cerca de los diseños y las telas de otros».

Pero no fue así. Por cierto, sí, yo también hago mis pinitos diseñando, pero era algo que no me gustaba comentar fuera de mi círculo más cercano.

—Milly, ¿has contactado con los proveedores de la seda? Necesitamos esas telas a final de semana como muy tarde.

Esos solían ser los «Buenos días» de mi jefe. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, todavía muy atractivo, y lo sabía. Sobre todo, tenía buen gusto y era muy elegante. Supongo que lo típico que se podía esperar de un ejecutivo de una casa de modas.

—Buenos días —respondía yo—. Sí, he hablado con ellos y está todo arreglado. Nuestro transportista recogerá el material el miércoles.

—¿El miércoles? Eso es inaceptable, Milly. Lo necesitamos antes... Estos encargos son muy importantes. La nueva colección debe ser un éxito, ya lo sabes... Si es demasiado trabajo para ti...

Ya lanzó su primera pullita del día.

—No, no es demasiado trabajo. Te recuerdo que me pasaste los datos para recoger esta seda el viernes. Es lunes y ya está todo el transporte arreglado. Y no se puede recoger antes sencillamente porque no la tienen disponible hasta el miércoles. Por cierto, tengo que preguntarte...

En esas solía sonar su teléfono y aquel día no fue una excepción. No era difícil, su teléfono sonaba prácticamente cada cinco minutos. Y cuando necesitaba hablar con él sobre algo, la llamada no fallaba. Me hacía un gesto con la mano para que esperara y lo cogía.

—¿Sí? Hola, querida, ¿cómo estás? No, no puedo adelantarte nada sobre la nueva colección... Sí, ya sé lo importante que es tu revista... Haré lo que pueda para que seáis los primeros en verla...

Así, se dirigía a su despacho y cerraba la puerta, y yo tenía que guardar mis preguntas para otra ocasión. En este caso eran urgentes porque necesitaba que revisasen las medidas del escenario donde se iba a presentar la colección. Los encargados de la carpintería decían que las medidas que les habían pasado de la tarima de madera no podían ser correctas. Ellos habían realizado sus propias mediciones y no cabía. Llevaba intentando hablar con él del asunto hacía una semana. Hasta le había enviado algunos correos electrónicos a ver si así me hacía caso, pero nada. Yo sospechaba que cuando veía el remitente, no los abría.

La cuestión era que con todo aquello estaba pasando las semanas más estresantes que había vivido nunca en mi trabajo porque, además, tenía que hacerme cargo de las otras compras. Es decir, tenía que comprar también el material de oficina, las tiritas para el botiquín y hasta el café para la máquina. Había que aprovechar bien los recursos y, en este caso, el recurso era yo. Me habían contado que eso no pasaba en otros departamentos, pero mi jefe se había obsesionado con la idea del ahorro y de que fuéramos el departamento que mejor gestionaba su presupuesto.

El resultado era que los nervios los pasaba yo. Tenía el estómago en pie de guerra y apenas dormía porque cada noche me quedaba repasando mentalmente todos los de-

talles a tener en cuenta para el desfile. Y cuando me dormía, a veces era peor porque no hacía más que soñar que las modelos tenían que desfilan sin zapatos o que la tarima de madera se convertía en un gigante que destrozaba todo el salón. Vamos que me pasaba la noche soñando con la tarima *transformer*.

En fin, no estaba en mis mejores días de ánimo. Estaba cansada y empezaba a no encontrarle sentido a nada de lo que hacía. Al menos, me distraía con mis diseños en mis ratos libres. Cuando salía del trabajo, necesitaba hacer algo creativo para compensar. Además me relajaba totalmente imaginando combinaciones de colores y texturas y el tacto de las telas más maravillosas. Cada tarde, al regresar a casa, procuraba sentarme un rato frente a mi mesa de trabajo —esa que había colocado junto al ventanal para tener unas buenas vistas y mucha luz—, y allí dejaba volar mi imaginación llenando de colores el papel. Era una forma de contrarrestar la sensación de que había pasado horas encerrada. Cuando me agobiaba tanto en la oficina, ni mirar hacia el jardincito me aliviaba.

Respecto a mis diseños, todos los que los habían visto parecían estar de acuerdo, pues todos opinaban lo mismo.

—Deberías intentar algo con esto —me había dicho alguna vez mi madre, y mi padre y mi prima y mis amigas... Y hasta un noviete del instituto.

Pero yo no me atrevía a mostrarlos más allá de mi círculo más cercano. Supongo que me paso de sensible, pero pensar que me rechazaban (y mi mente se encargaba de imaginar las formas más humillantes de rechazo), me había hecho volverme atrás siempre que había pensado en presentar mis diseños en algún sitio.

—Me relaja porque no es trabajo —respondía yo a los que me animaban a darlos a conocer.

A lo que Nora siempre decía:

—¿No has oído a esa gente que hace lo que le gusta, que a ellos no les resulta pesado el trabajo? Eso es porque disfrutan de lo que hacen y se estresan menos, aunque estén más horas al pie del cañón —y añadía muy solemne-

mente y con toda intención—, pero para eso hay que atreverse...

—Algún día, quizás —decía yo intentando zanjar la cuestión.

—Deja que la vida te sorprenda... No te queda otra —contrataba ella sin darse por vencida.

Era su forma de retarme, pero yo era un hueso duro de roer.

Capítulo II

Mi creatividad no se centraba solo en imaginar vestidos. A menudo solían decirme que podía dedicarme a escribir cuentos. Siempre había tenido una imaginación muy viva, y eso tenía su parte buena y su parte mala. La buena, era que siempre tenía una vía de escape para evadirme cuando las cosas no salían como esperaba. La mala, pues que lo mismo que imaginaba que me pasaban cosas estupendas, también me imaginaba lo más terrible. Cuando tenía que enfrentarme a algún reto que me inquietara, mi mente se encargaba de mostrar todas las posibilidades —y cuando digo *todas*, quiero decir *todas*: desde un pequeño tropiezo hasta una invasión alienígena.

Con esos antecedentes, no era raro que siempre me hubiera gustado el cine y la literatura. Además, a mis padres también les gustaba mucho el cine y, en especial, las películas antiguas, con lo que yo crecí viendo cintas de todas las épocas, desde blanco y negro, hasta los últimos estrenos. Me encantaba dejarme llevar por mi imaginación y pensar que yo era la protagonista y que vivía todas aquellas intensas aventuras. Para mí eran la vía de escape ideal. Experimentaba toda clase de emociones desde la seguridad de mi sofá y no arriesgaba nada.

Una de las películas que no me cansaba de ver era una de los ochenta, *Tras el corazón verde*, porque me sentía identificada con la protagonista. No creo que yo fuera tan neurótica como era ella al principio, pero sí que algunos puntos de conexión podíamos encontrar. Aunque lo que de verdad me gustaba era que al final el hombre ideal llama a su puerta y todo es maravilloso...

Aquí es cuando mi prima solía decir: